

DIGITALES ARCHIV

Tommasi, Mariano; Edo, María; Thailinger, Agustina

Article

Familia y desarrollo humano en el siglo XXI Revisión de la literatura internacional y apuntes para el caso argentino

Reference: Tommasi, Mariano/Edo, María et. al. (2023). Familia y desarrollo humano en el siglo XXI Revisión de la literatura internacional y apuntes para el caso argentino. In: Desarrollo económico 62 (238), S. 84 - 112.

<https://ojs.ides.org.ar/index.php/desarrollo-economico/article/download/532/317/1111>.

doi:10.59339/de.v62i238.532.

This Version is available at:

<http://hdl.handle.net/11159/631397>

Kontakt/Contact

ZBW – Leibniz-Informationszentrum Wirtschaft/Leibniz Information Centre for Economics

Düsternbrooker Weg 120

24105 Kiel (Germany)

E-Mail: [rights\[at\]zbw.eu](mailto:rights[at]zbw.eu)

<https://www.zbw.eu/econis-archiv/>

Standard-Nutzungsbedingungen:

Dieses Dokument darf zu eigenen wissenschaftlichen Zwecken und zum Privatgebrauch gespeichert und kopiert werden. Sie dürfen dieses Dokument nicht für öffentliche oder kommerzielle Zwecke vervielfältigen, öffentlich ausstellen, aufführen, vertreiben oder anderweitig nutzen. Sofern für das Dokument eine Open-Content-Lizenz verwendet wurde, so gelten abweichend von diesen Nutzungsbedingungen die in der Lizenz gewährten Nutzungsrechte.

<https://zbw.eu/econis-archiv/termsfuse>

Terms of use:

This document may be saved and copied for your personal and scholarly purposes. You are not to copy it for public or commercial purposes, to exhibit the document in public, to perform, distribute or otherwise use the document in public. If the document is made available under a Creative Commons Licence you may exercise further usage rights as specified in the licence.

Familia y desarrollo humano en el siglo XXI

Revisión de la literatura internacional y apuntes para el caso argentino

Mariano Tommasi*, María Edo** y Agustina Thailinger***

Resumen

La literatura moderna sobre desarrollo humano señala que cuanto más temprano en la vida de las personas se invierte en aumentar y equiparar habilidades, mayores las probabilidades de desarrollo humano y movilidad social. El desarrollo temprano de las personas está enmarcado en su contexto social más cercano, es decir, en la familia. La familia es el primer ámbito del desarrollo humano y también de la desigualdad. Es fundamental estudiar a las familias para entender los mecanismos del desarrollo humano y de reproducción de la pobreza. Este documento da un paso en dicha dirección con énfasis en la conexión entre características y estructuras familiares y el desarrollo de niños y jóvenes. Se documenta que las familias están cambiando; que dicho cambio refuerza patrones divergentes de formación y duración de parejas y de fecundidad entre personas de alto y bajo nivel económico y educativo; y que dichas diferencias de contexto podrían ser un factor importante en el desarrollo de los niños y en la reproducción de las desigualdades sociales.

Palabras clave: matrimonio, cohabitación, separación, divorcio, transición demográfica, fertilidad.

Family and human development in the 21st century. Review of international literature and notes for the Argentine case

Abstract

Modern literature on human development highlights that the earlier in life people invest in increasing and equalizing skills, the greater the probability of human development and social mobility. Individuals' early development is framed by their closest social context, that is, the family. The family is the cornerstone of human development but also of inequality. Studying the family is of paramount importance in order to understand the mechanisms of human development and reproduction of poverty. This paper takes a step in that direction by emphasizing the connection between family characteristics and structures, and child and youth development. It documents that families are changing; that such changes reinforce divergent patterns in terms of couple formation, duration, and fertility between individuals of high and low socio-economic status and educational level; and that such contextual differences may be an important factor in child development and the reproduction of social inequalities.

Key words: Marriage, Cohabitation, Separation, Divorce, Demographic Transition, Fertility.

Fecha de recepción: 9 de febrero de 2021

Fecha de aprobación: 10 de febrero de 2023

* Centro de Estudios para el Desarrollo Humano (CEDH), Universidad de San Andrés, tommasi@udesa.edu.ar.

** Centro de Estudios para el Desarrollo Humano (CEDH), Universidad de San Andrés. medo@udesa.edu.ar.

*** Centro de Estudios para el Desarrollo Humano (CEDH), Universidad de San Andrés. athailinger@udesa.edu.ar.

Enriquecedoras conversaciones con Catalina Wainerman nos animaron a adentrarnos en estos temas. Agradecemos la excelente asistencia de investigación de Victoria Rosino, Lucía Martín y, especialmente, Facundo Pernigotti, así como valiosos comentarios y sugerencias de Amelia Gibbons y Juan Pantano. Queremos agradecer particularmente los comentarios, críticas y sugerencias de dos revisores anónimos.

Brenda Schroeder colaboró en las instancias de corrección y maquetación de este artículo en el marco de la Pasantía de Práctica Profesional en Instituciones Públicas u ONG, Carrera de Edición, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

Introducción

La literatura moderna sobre desarrollo humano señala que cuanto más temprano en la vida de las personas se invierte en aumentar y equiparar habilidades, son mayores las probabilidades de desarrollo de las personas y de movilidad social.¹ La primera infancia, la adolescencia y la juventud, son momentos cruciales en el desarrollo de competencias y habilidades para el resto de la vida. Una importante corriente de pensamiento enfatiza la importancia de las políticas de primera infancia y adolescencia y juventud, con particular foco en los niños y jóvenes de contextos más vulnerables. “Más acá” de las políticas públicas, el desarrollo temprano de las personas está enmarcado en su contexto social más cercano; es decir, en la familia. La familia es el primer ámbito del desarrollo humano y también de la desigualdad. Por eso es fundamental estudiar a las familias para entender los mecanismos de reproducción de la pobreza, y más generalmente, los mecanismos del desarrollo humano.

Este documento da un paso hacia la construcción de una agenda articulada de investigación sobre la heterogeneidad de las dinámicas familiares, con énfasis en su conexión con las brechas socioeconómicas y con diversas medidas del bienestar y desarrollo de los niños. Se recorren las transformaciones en las estructuras familiares de las últimas décadas, remarcando las diferencias de trayectorias entre familias de distintos estratos socioeconómicos, así como una literatura que intenta relacionar atributos familiares con diversas medidas de desarrollo infantil y posterior.

Con tal propósito sistematizamos evidencia parcialmente dispersa en distintas disciplinas, con distintos enfoques metodológicos y aplicada a distintos países, propiciando futuros trabajos de elaboración teórica más refinada y el desarrollo de estudios empíricos faltantes. Se documenta que las familias están cambiando; que dicho cambio refuerza patrones divergentes de formación y duración de parejas y de fecundidad entre personas de alto y bajo nivel económico y educativo; y que dichas diferencias de contexto para la crianza de los hijos son un factor importante en el desarrollo de los niños y en la reproducción de las desigualdades sociales. Asimismo, se identifican grandes lagunas en el conocimiento teórico y empírico, especialmente para países de América Latina y en particular para la Argentina.

Dada la amplitud y complejidad del tema, así como las asimetrías geográficas de la evidencia empírica en estudios previos, el artículo no pretende construir una nueva mirada conceptual, sino proveer una síntesis ordenada, sistemática e integradora de una literatura dispersa. Creemos que al resaltar la importancia de las relaciones claramente multidireccionales existentes entre aspectos de la estructura y funcionamiento de las familias con circunstancias de vulnerabilidad desde el punto de vista socioeconómico y con las posibilidades de desarrollo de las personas, y el hacerlo reuniendo materiales de fuentes diversas desde lo nacional, disciplinar, y metodológico, constituye un aporte

1 La expresión “desarrollo humano” es una expresión polisémica que utilizan diversos autores de distintas épocas en distintos contextos disciplinares para referirse a objetos relacionados, pero no idénticos. En nuestro caso la utilizamos en el sentido que la utilizan autores como James Heckman y Amartya Sen, enfocando en cómo las personas a lo largo de su vida van acumulando una serie de capacidades, que a su vez impactan en sus posibilidades de construir una vida exitosa en términos educativos, de empleo, de socialización y de participación plena en la vida social.

para resaltar la importancia de estos temas y de la necesidad de un esfuerzo integral en la producción de información que permita comprender mejor mecanismos y dinámicas, y así mejorar el diseño de las políticas públicas destinadas a combatir la desigualdad y la exclusión.

Las familias están cambiando

La segunda transición demográfica implicó fuertes cambios, como la reducción sostenida en la fertilidad, la aparición de nuevos arreglos habitacionales, un notable incremento en las tasas de separación y divorcio, la desconexión entre la procreación y la unión legal, y el aumento de la concepción de hijos por fuera del matrimonio (Lesthaeghe, 2010; van de Kaa, 1987).

La concepción tradicional del matrimonio implicaba un contrato de por vida entre un hombre y una mujer con una marcada división del trabajo entre géneros. El divorcio era costoso, infrecuente, y no estaba socialmente aceptado, así como tampoco lo eran la cohabitación y la concepción de los hijos por fuera del matrimonio (Lundberg et al., 2016). Este es el paradigma de familia que Gary Becker racionalizó en su modelo económico del matrimonio en los setenta. Las ganancias esperadas del enlace provenían de la *household production*, es decir, las economías de escala y los retornos a la especialización que el matrimonio permitía. Con la segunda transición demográfica esta concepción comenzó a modificarse, especialmente en las regiones más desarrolladas. Las complementariedades de producción comenzaron a decrecer, y los beneficios de la unión pasaron a concentrarse en el consumo conjunto de bienes públicos para el hogar y los placeres del tiempo compartido (Stevenson y Wolfers, 2007).

Estas nuevas tendencias fueron impulsadas por el cambio social y cultural hacia actitudes y normas posmodernas, enfatizando el individualismo y la autorrealización (van de Kaa 1987 y 2001; Lesthaeghe, 2010). Mientras que la caída en la fertilidad de la primera transición demográfica fue atribuida a la reducción en el tamaño de las familias para alcanzar una mejor situación socioeconómica y mayor movilidad intergeneracional, durante la segunda transición, la caída y aplazamiento de la fertilidad respondieron a objetivos de autorrealización individual, facilitados por las nuevas tecnologías de anticoncepción. El fortalecimiento de la mujer en el mercado de trabajo, las mayores inversiones en educación por ambos sexos y la reducción en la brecha de ingresos entre hombres y mujeres son algunos factores que motivaron dichos cambios demográficos, con consecuencias fundamentales en los vínculos sociales.²

Si bien en los países menos desarrollados se observan patrones similares, los factores que incentivaron estos cambios habrían sido diferentes. En América Latina la cohabitación como alternativa al matrimonio no es una tendencia moderna, sus niveles han sido históricamente altos (Rodríguez Vignoli, 2004). El modelo nupcial presente en la región, con mestizaje entre indios y españoles, fue un híbrido por varias limitaciones prácticas al intento de imposición del matrimonio católico: situaciones de conflicto,

² Las mujeres dejaron de ser consideradas como trabajadoras secundarias y comenzaron a pensar en sus carreras como parte de su identidad personal y a tomar decisiones con respecto a su vida laboral, incrementando sus inversiones en capital humano. Goldin (2006) denomina estos cambios "revolución silenciosa".

rechazo religioso a uniones interétnicas, continuidad de prácticas indígenas, y elevada relación de masculinidad de los conquistadores. La fragilidad del Estado y las limitaciones en la gestión administrativa, así como los costos que supone la formalización de la unión –trámites, celebraciones, transferencias de recursos y herencia– también dificultaban la aplicación del contrato matrimonial (Rodríguez Vignoli, 2004).

Mientras que para las sociedades avanzadas los cambios de la segunda transición suelen relacionarse con tendencias individualistas y de búsqueda de autorrealización individual, en América Latina patrones demográficos como la cohabitación parecen estar más relacionados con tradiciones étnicas, niveles de pobreza y exclusión social (García y Rojas, 2004). Así, especialmente entre individuos de bajos ingresos, la cohabitación se establece como un sustituto directo al matrimonio en la región (Castro, 2002).

Más adelante, las recurrentes crisis económicas, el crecimiento económico desigual y la inequidad social se sumaron a los factores anteriores, obligando a muchas mujeres a entrar al mercado laboral y profundizando el debilitamiento del modelo de familia centrado en la autoridad patriarcal, la división del trabajo en el hogar y el hombre como único proveedor. De hecho, la mayor parte de la incorporación de la mujer al mercado laboral se explica por el empobrecimiento de las familias y no por un cambio cultural (Ariza y Oliveira, 2007).³ Así, la noción del matrimonio como única estructura socialmente aceptada para la concepción y crianza de los hijos comienza a debilitarse (Wainerman, 2005; Cerruti y Binstock, 2009).

Estatus socioeconómico y estructura familiar

Si bien las tendencias demográficas descritas se reflejan en todos los grupos poblacionales, existe un gradiente socioeconómico marcado en los patrones de matrimonio, fertilidad, divorcio y estabilidad de las familias, con una fuerte correlación entre el nivel socioeconómico y las características y estructuras de los hogares, con raíces y dinámicas muy diferentes en cada caso.

McLanahan (2004), observa el caso de Estados Unidos y concibe la idea de “destinos divergentes”: dos trayectorias muy diferentes para mujeres de distintos niveles socioeconómicos. Mujeres de mayores recursos estarían siguiendo un camino asociado a la postergación de la maternidad y el aumento de participación en el mercado laboral; mujeres menos educadas y de menores ingresos parecieran transitar un camino ligado a la inestabilidad vincular y el embarazo fuera del matrimonio. Mientras el primer camino está asociado con ganancias de recursos, el segundo está relacionado con pérdidas. Estas tendencias estarían contribuyendo a la existencia de una fuerte divergencia en los destinos de unas y otras mujeres y, en particular, de sus hijos.

Esta situación se habría visto reforzada con las tendencias de *positive assortative mating* observadas: el aumento en la probabilidad de que un

3 Para los países latinoamericanos la situación de las mujeres en el mercado laboral parece seguir una tendencia diferente a la observada en los países más desarrollados. Mientras que las brechas educativas entre hombres y mujeres se han reducido sustancialmente (o eliminado), aún no se ha podido garantizar igualdad de géneros en el mercado laboral; y, especialmente para las mujeres casadas de sectores más vulnerables, aún permanece la noción de la mujer como trabajadora secundaria (Gasparini y Marchionni 2017; Marchionni et al. 2019).

individuo esté en pareja con otra persona con características socioeconómicas y educativas similares. Este fenómeno se aceleró en los Estados Unidos entre 1960 y 1990, e implicó que los hijos de las mujeres en el quintil más alto de la distribución sean más propensos que en el pasado a tener padres también en el quintil más alto, y viceversa (Mare, 1991). Mientras que en 1970 el 37% de los hombres estadounidenses graduados universitarios estaban casados con mujeres con el mismo nivel educativo, ese porcentaje aumentó a 71% en 2007 (Fry y Cohn, 2010). Ganguli et al (2014) encuentran que el emparejamiento selectivo creció a través de los años también en América Latina, aunque de manera menos marcada. Gabrielli y Serio (2017) observan que, para la Argentina, entre 1980 y 2014, existe una correlación significativa entre el nivel educativo de los hombres y el de sus esposas.

En esta sección recorreremos la evidencia existente acerca de los patrones demográficos señalados, con particular énfasis en los gradientes socioeconómicos. Se mostrará evidencia para distintas regiones y países, partiendo por los Estados Unidos y Europa, pasando por América Latina, y aterrizando en el caso argentino. En este último caso, además de revisar la literatura preexistente, se presenta información empírica novedosa.

Matrimonio y cohabitación

En la mayoría de los países se ha observado una caída en las tasas de matrimonio y un aumento en la cohabitación para todos los grupos, pero con un gradiente educacional marcado; las parejas más educadas son más propensas a casarse y menos propensas a cohabitar.⁴ Estas continuarían utilizando el matrimonio como mecanismo de compromiso que facilita inversiones conjuntas en los hijos y en el hogar, y el aumento en la cohabitación formaría parte de un patrón de retraso del matrimonio y la concepción para acomodar un período más extenso de educación, facilitado por la generalización de métodos anticonceptivos y por los cambios en las normas sociales en términos del sexo premarital (Copen et al., 2013). Para las parejas de menor nivel educativo y menores ingresos, las inversiones en el hogar y en los hijos suelen ser menos factibles, por lo que es más probable que convivan en lugar de casarse (Lundberg et al., 2016). Según McLanahan (2004), en los Estados Unidos este patrón está relacionado con el hecho de que, para las mujeres de los estratos más bajos, las promesas de una nueva identidad y el uso de nuevas tecnologías anticonceptivas tuvo un valor inferior, ya que estas tenían pocos incentivos para posponer la concepción y seguir una carrera laboral. Asimismo, la fuerte disminución de los salarios de los hombres con menor nivel educativo –en comparación con los hombres más educados y las mujeres en general–, y la consecuente reducción en la brecha salarial entre hombres y mujeres de menores ingresos, contribuyeron a la tendencia de las parejas menos educadas a cohabitar en lugar de casarse, ya que las ganancias potenciales de la división del trabajo dentro del hogar disminuyeron (Autor y Wasserman, 2013; McLanahan, 2004). En este sentido, Binstock (2010) plantea para la Argentina la posibilidad de que el significado que se le otorga a la convivencia y los motivos de su elección por sobre el matrimonio no sean comparables entre los diferentes estratos sociales. En la misma línea, Rojas y García (2004) plantean que en la Argentina la cohabitación en los sectores

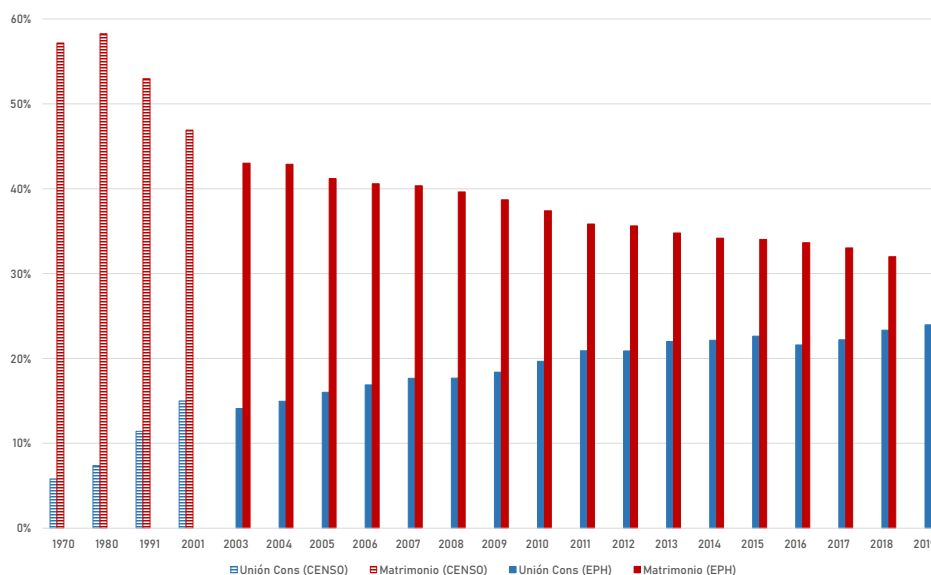
4 Esto se constata para Europa y los Estados Unidos (Carlson, 2018; Perelli-Harris y Lyons-Amos, 2016) y para América Latina (Esteve y Flores-Paredes, 2018).

de ingreso medio puede estar asociada a elementos como mayor diálogo y libertad, mayor grado de compromiso, aceptación del otro y estimulación del desarrollo mutuo.

En términos de evidencia empírica, mientras que en 1995 sólo el 35% de las mujeres en los Estados Unidos había cohabitado con su primera pareja, este porcentaje aumentó a 48% hacia 2010 (Copen et al., 2013). Manning (2013) observa que, hacia comienzos de los 2000, el 60% de las mujeres entre 19 y 44 años había convivido en algún momento en comparación con aproximadamente 33% a fines de los ochenta. En cuanto al gradiente educativo, hacia 2010 las tasas de unión legal para graduados universitarios estadounidenses eran 12 y 17 puntos porcentuales mayores que para aquellos con estudios terciarios incompletos o sólo secundario (Lundberg et al., 2016). Hacia 2010, el 70% de las mujeres menos educadas había cohabitado con su pareja en su primera unión, mientras que sólo 47% de las más educadas lo había hecho (Copen et al., 2013). Asimismo, las parejas estadounidenses de mayores ingresos son más propensas a transicionar rápidamente de la cohabitación al matrimonio y no suelen convivir por más de tres años.

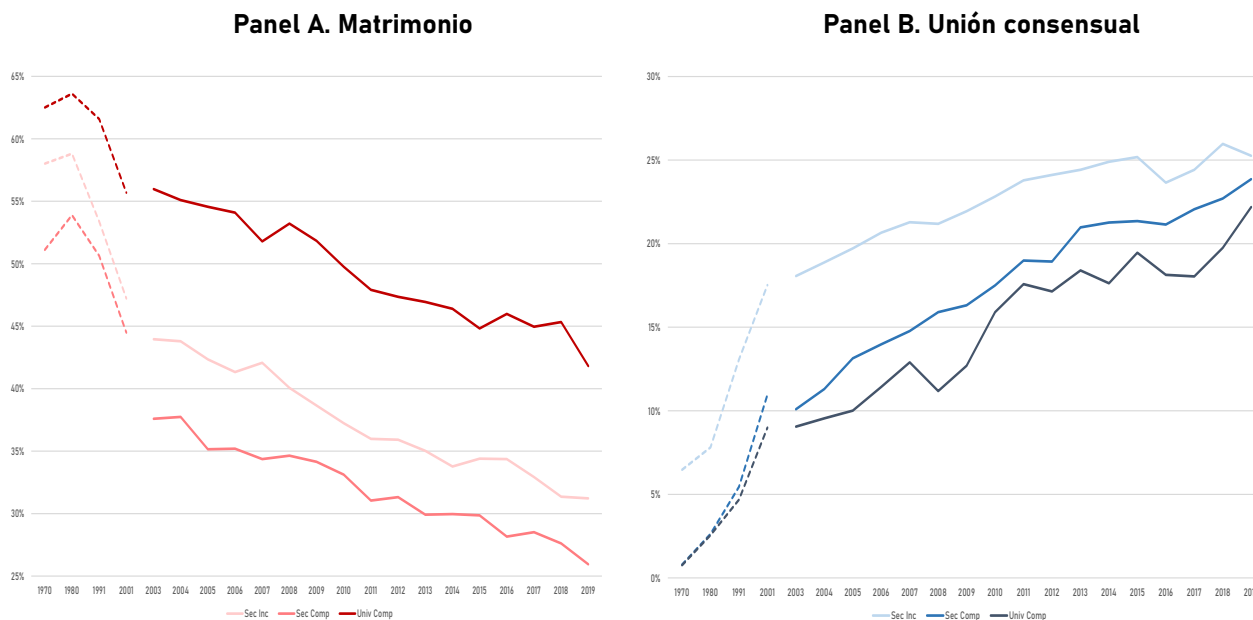
En América Latina se observa algo similar: a pesar de que las uniones informales se han vuelto usuales, el matrimonio sigue predominando entre las parejas más educadas (Esteve y Florez-Paredes, 2018).⁵ Argentina no queda fuera de este fenómeno. Entre 1970 y 2018 el porcentaje de casados entre los mayores de 18 años disminuyó de 57% a 31%, mientras que la cohabitación aumentó de 6% a 24% (Figura 1).

Figura 1. Evolución de matrimonios y uniones consensuales en mayores de 18 años. Argentina, 1970-2019



Fuente: elaboración propia en base a Censo Nacional de Población, Hogares y Vivienda (CENSO) y Encuesta Permanente de Hogares (EPH)

⁵ Los mayores niveles de cohabitación se dan en las regiones no andinas de los países andinos, Uruguay y América Central (Esteve y Florez-Paredes, 2018). En Chile y en Uruguay, la convivencia fuera del matrimonio más que se duplicó entre la población joven en los 2000 (Cerrutti y Binstock, 2009).

Figura 2. Evolución de estructuras familiares según nivel educativo. Argentina, 1970-2018

Nota: líneas punteadas CENSO, líneas completas EPH

Fuente: elaboración propia en base a CENSO y EPH

En la Figura 2 se observa el gradiente educativo de estas tendencias: mientras que la cantidad de individuos que se casan y cohabitan disminuyó y aumentó respectivamente para todos los grupos poblacionales, los más educados se casan más y cohabitan menos que los menos educados. Estos datos coinciden con los hallazgos de Laplante y Street (2009), que encuentran que en la Argentina la probabilidad de cohabitar disminuye con el nivel educativo. También encuentran que la probabilidad de cohabitar es menor a medida que aumenta el número de hijos, y que las mujeres inactivas tienen una menor probabilidad de cohabitar que las asalariadas.⁶

Estabilidad de las uniones. Separación y divorcio

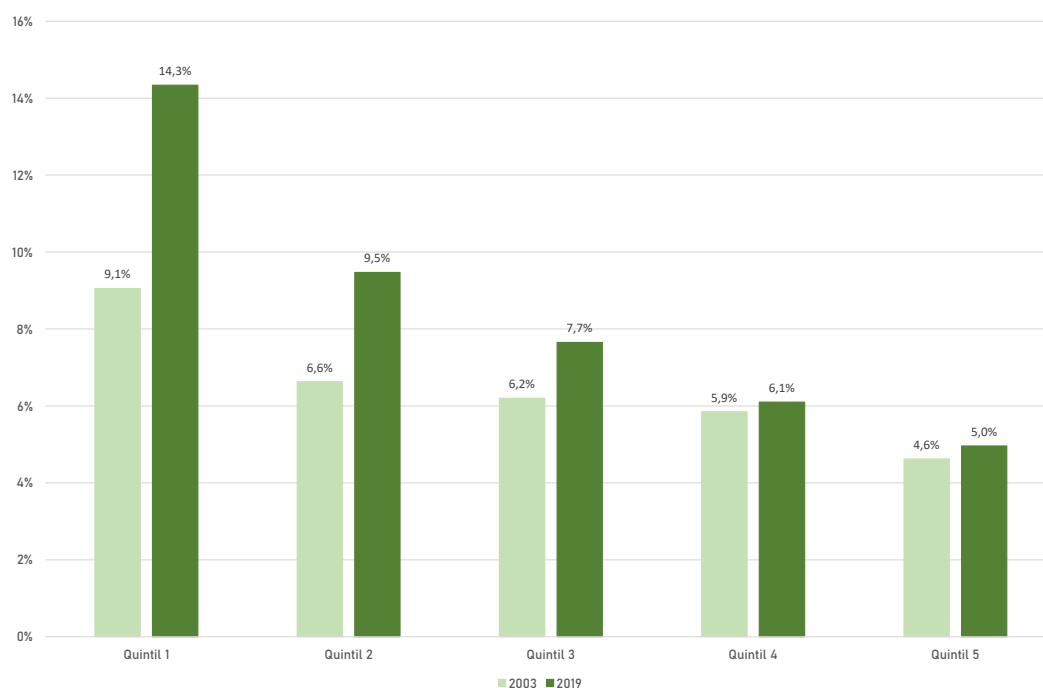
Separaciones y divorcios muestran una tendencia creciente en todo el mundo, y también en ese caso se observa un gradiente educacional marcado. Las parejas de menores ingresos son menos propensas a unificar recursos y generar especialización intra-hogar (Thomas y Sawhill, 2005). Con esto, la cohabitación estaría relacionada con un menor grado de compromiso intertemporal, y la probabilidad de ruptura de este tipo de uniones sería mayor. Dado que quienes más cohabitan son los menos educados, serían estos los más propensos a experimentar separaciones, implicando una mayor propensión a que los niños sean criados por un solo progenitor (generalmente la madre), o por este y su siguiente pareja (Lundberg et al., 2016).

⁶ En términos de diferencias regionales, observan que la probabilidad de vivir en unión consensual es más alta en las ciudades del noreste del país y significativamente más baja en los aglomerados de la región pampeana y cuyana. En la misma línea, Mazzeo et al. (2015) encuentran para la Ciudad de Buenos Aires que la proporción de casados asalariados formales, patronos y empleadores es mayor que la de asalariados informales y cuentapropistas, que en su mayoría cohabitan.

En los Estados Unidos, mientras que entre 1960 y fines de los setenta las tasas de divorcio se incrementaron para todos los niveles educativos, a partir de 1980 estas tendencias divergieron; la tasa de divorcio continuó aumentando para las mujeres menos educadas, pero comenzó a caer para las más educadas (McLanahan, 2004). Similarmente, entre 1970 y 1990 la tasa de disolución de matrimonios cayó casi 50% para las graduadas universitarias, pero se mantuvo alta y constante para las mujeres sin estudios universitarios (Martin, 2004). El gradiente educativo en separaciones y divorcios es menos consistente en países europeos, pero aun así está presente (Perelli-Harris y Lyons-Amos, 2016). Este patrón más suave también se observa en América Latina, aunque la evidencia es más escasa. En México, la tasa de divorcios subió de 7,4% a 15,1% en las últimas décadas (Amadeo, 2019). En Uruguay, la probabilidad de disolución de uniones consensuales es tres veces mayor que la de matrimonios, lo que indicaría un gradiente socioeconómico dado que las parejas que más cohabitan son las de menores ingresos y educación (Cerruti y Binstock, 2009).

Los datos disponibles para la Argentina permiten observar un patrón similar al de los Estados Unidos. Mientras que en 1970 los individuos separados o divorciados representaban menos de 2% de los mayores de 18 años, hacia 2018 esta participación aumentó a más de 8%. En términos del gradiente socioeconómico, mientras que las separaciones aumentaron para todos los grupos poblacionales entre 2003 y 2019, su participación en los quintiles de más bajos ingresos es bastante mayor que la observada en los más altos (Figura 3).

Figura 3. Evolución de las separaciones en mayores de 18 años según quintil de ingresos. Argentina, 1970-2019



Hijos fuera del matrimonio

El embarazo fuera del matrimonio y la concepción con múltiples parejas son tendencias más comunes hoy que en décadas anteriores, observándose también en este caso un gradiente socioeconómico marcado (Carlson, 2018; Esteve y Florez-Paredes, 2018). El embarazo fuera de la unión legal suele ser infrecuente para las mujeres más educadas y su ocurrencia suele implicar una transición rápida al matrimonio. Lo contrario sucede para las parejas de los estratos más pobres, que suelen a iniciar la convivencia temprano y la concepción no suele implicar el paso al matrimonio (Lundberg et al., 2016).

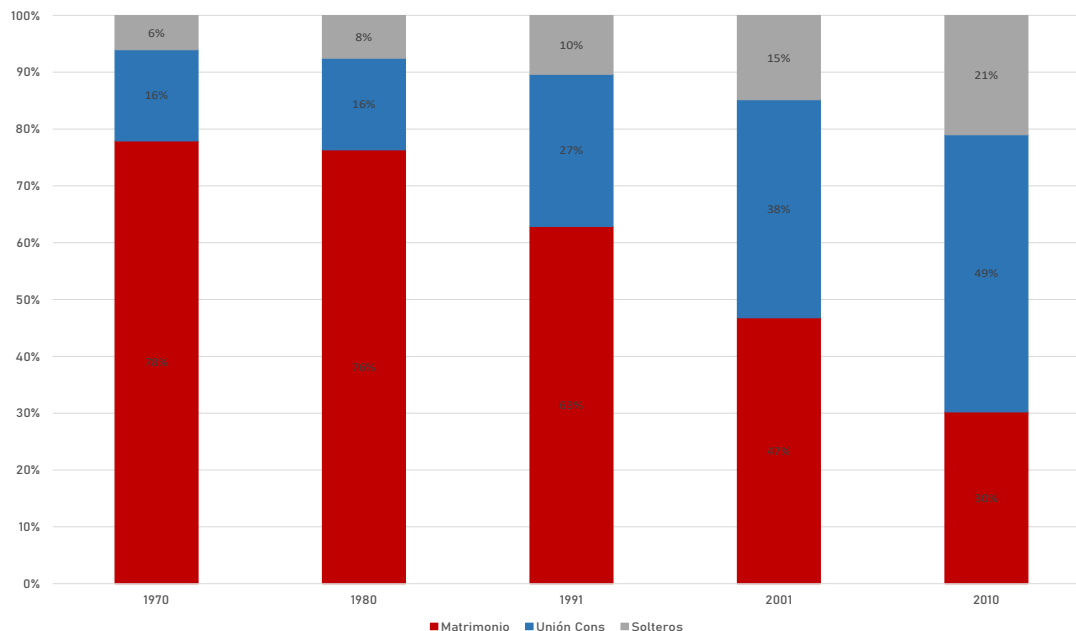
En este sentido, mientras que las mujeres más educadas parecieran continuar criando a sus hijos en el contexto de la unión legal, las de menor nivel educativo son más propensas a hacerlo en hogares monoparentales (McLanahan y Percheski, 2008). Los hijos de madres menos educadas son casi dos veces más propensos a vivir en un hogar monoparental en algún momento de su infancia que aquellos con madres más educadas (McLanahan, 2004). Edin y Kefalas (2005) plantean que a pesar de que las mujeres más pobres suelen considerar al matrimonio como un lujo, no sucede lo mismo con la maternidad, que se establece como algo esencial. Así, siguiendo a McLanahan (2004), la mayor independencia económica de las madres más educadas pareciera no estar relacionada con tener hijos por fuera del matrimonio y criarlos en hogares monoparentales, sino con establecer uniones estables basadas en una división más equitativa de las responsabilidades parentales.

Esta tendencia se observa en los países más desarrollados desde hace ya algunas décadas. En los Estados Unidos, por ejemplo, en los noventa el 61% de los nacimientos de madres sin escolaridad secundaria ocurrieron fuera del matrimonio, de las cuáles sólo un tercio estaba cohabitando con su pareja. Asimismo, sólo el 25% de los nacimientos de madres con secundaria correspondieron a mujeres no casadas y el 57% a mujeres casadas. La concepción fuera del matrimonio para mujeres con educación universitaria alcanzó en el mismo período sólo el 7% del total de nacimientos (Kennedy y Bumpass, 2007). Hacia 2018, casi 40% del total de los nacimientos se produjeron fuera de la unión legal (Martin et al., 2019) y la mayoría correspondió a mujeres de menores ingresos o menor nivel educativo. Este patrón parece observarse también en otros países desarrollados. Thomson et al (2014) encuentran una asociación negativa entre nivel educativo de la mujer y la probabilidad de tener hijos con una segunda o subsiguiente pareja para Australia, Noruega, Suecia y los Estados Unidos. Härkönen (2017) encuentra para 33 países desarrollados un incremento en la cantidad de madres solteras, particularmente entre las menos educadas.

Para América Latina, la postergación en la formación de la familia sigue siendo modesta, y está reducida a los grupos más educados en unos pocos países (Esteve y Florez-Paredes, 2018). Los cambios suelen observarse en los sectores medios y altos, mientras que en los más desventajados se mantienen las tendencias de inicio familiar temprano (Cerruti y Binstock, 2009).

A este respecto, la Argentina parece seguir la tendencia de los países desarrollados. La Figura 4 presenta una fuerte disminución en la cantidad

Figura 4. Niños nacidos en el último año dentro y fuera del matrimonio. Argentina, 1970-2010

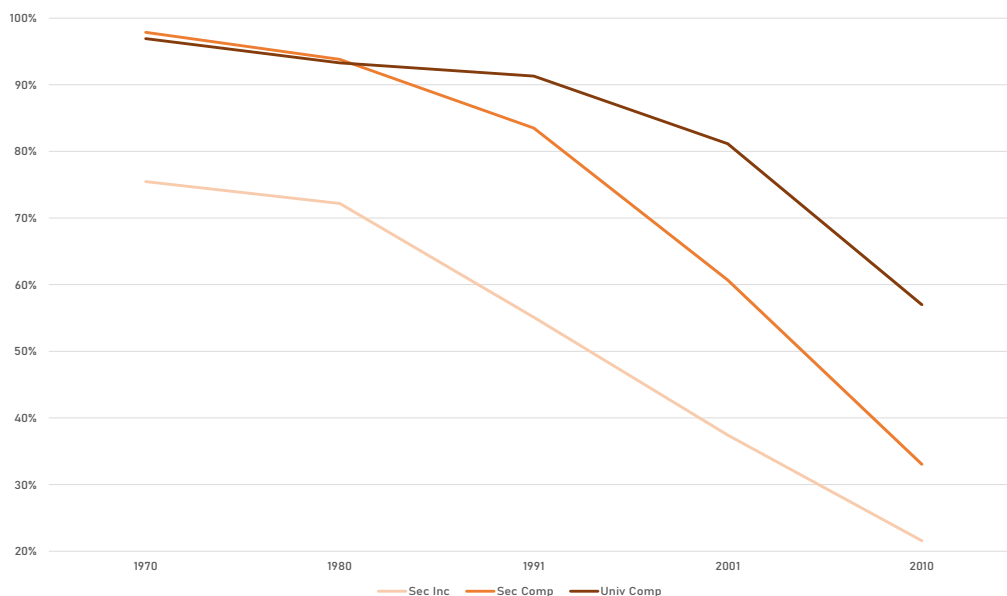


Fuente: elaboración propia en base a CENSO

de niños nacidos dentro del matrimonio, de 78% en 1970 a 30% en 2010.

Lo contrario sucede con la participación de los niños nacidos fuera del matrimonio, que aumenta de 16% a 49% para mujeres en uniones consensuales y de 6% a 21% para madres solteras. Mientras los nacimientos dentro del matrimonio disminuyeron para todos los niveles educativos, la caída fue mucho más pronunciada para las mujeres menos educadas, siendo las más educadas las que más hijos tuvieron dentro del matrimonio (Figura 5).

Figura 5. Nacimientos en matrimonio según educación de la madre. Argentina, 1970-2010



Fuente: elaboración propia en base a CENSO

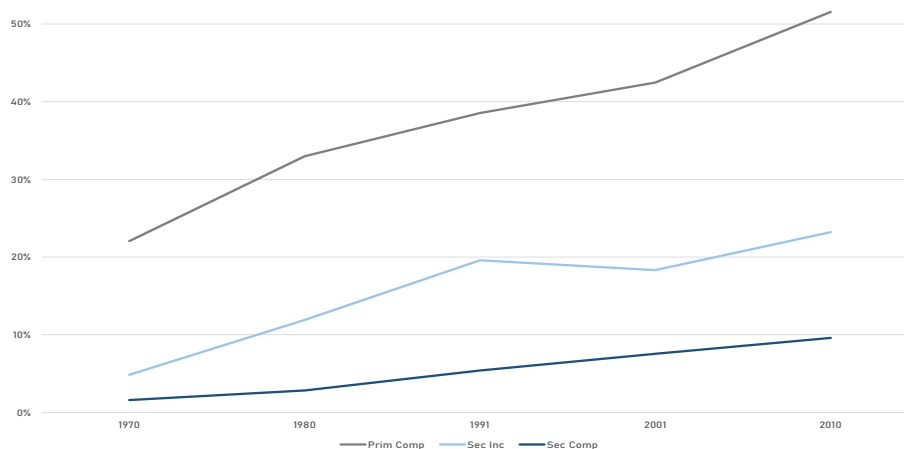
Embarazo adolescente

La concepción por fuera del matrimonio está íntimamente relacionada con la problemática del embarazo adolescente, la cual también suele reflejar un marcado gradiente socioeconómico.

En los Estados Unidos, el embarazo adolescente está fuertemente correlacionado con el ingreso de las familias y las habilidades cognitivas de la madre (Heckman y Masterov, 2007). Algo similar se observa para otros países desarrollados. En América Latina se observan tendencias similares (Esteve y Florez-Paredes, 2018). Las adolescentes más propensas a quedar embarazadas son las de menor nivel educativo, provenientes de familias más pobres, y que habitan zonas periféricas (Azevedo et al., 2012). En estos casos, no sólo la probabilidad del embarazo es mayor, sino que además es más probable que los efectos sean negativos, ya que el acceso de las adolescentes a los recursos necesarios para enfrentar la situación es más limitado. La participación de las adolescentes de entre 15 y 19 años del primer quintil en el total de embarazos adolescentes para América Latina es entre tres y cuatro veces mayor que la de aquellas en el quintil más alto, con una diferencia de nueve veces en Perú (Rodríguez Vignoli, 2014).

En la misma línea, el embarazo adolescente en la Argentina ha sido históricamente mucho más frecuente entre las adolescentes menos educadas (ver Figura 6). De acuerdo con los datos de la Encuesta Nacional de Niñas, Niños y Adolescentes (ECOVNA II) para 2019-2020 (UNICEF, 2021), la proporción de mujeres entre 15 y 24 años que tuvieron un hijo antes de los 18 años y no habían completado el secundario era igual a 39,2%. Para aquellas que habían completado el secundario o poseían nivel terciario/universitario incompleto, este porcentaje era igual a 11,1%. Algo similar se observa también al comparar adolescentes de diferentes quintiles de ingresos. Así, el 19,1% de las mujeres entre 15 y 19 años del quintil socioeconómico más bajo fueron madres o estaban cursando su primer embarazo al momento de la encuesta. Para el quintil socioeconómico más alto, este valor disminuye a 1,3%. Asimismo, 40,4% de las mujeres de entre 20 y 24 años pertenecientes al quintil de ingresos más bajo fueron madres en su adolescencia vs. 4.2% de las mujeres del quintil más alto (UNICEF, 2021).

Figura 6. Nacimientos de madres de 18 y 19 años según nivel educativo. Argentina, 1970-2010



Nota: la categoría Prim Com refiere a los individuos con primaria completa como máximo nivel educativo; Sec Inc refiere a los individuos con secundaria incompleta como máximo nivel educativo (no incluye individuos con nivel primario completo); la categoría Sec Com refiere a los individuos con secundaria completa como máximo nivel educativo (incluye individuos con nivel universitario incompleto si los hubiera)

Fuente: elaboración propia en base a CENSO

Familia y desarrollo humano

Como mencionamos en la introducción, “desarrollo humano” es una expresión polisémica, que aquí utilizamos en el sentido del desarrollo de múltiples capacidades de las personas a través del tiempo. Creciente literatura en diversas disciplinas argumenta que aspectos cruciales de dicho desarrollo están fuertemente condicionados por los sucesos y vivencias en edades tempranas.⁷ Durante los primeros años de vida, el contexto principal de crecimiento y socialización son la familia y el hogar, y estos son, por lo tanto, factores clave para dicho desarrollo. Gran parte de la influencia de este contexto sobre el desarrollo de las personas es medida a través de variables de naturaleza netamente socioeconómica, como los ingresos, el tipo de ocupación laboral y el nivel educativo de los adultos de ese hogar. La influencia de estos factores es el foco de una amplia literatura. En este trabajo hacemos énfasis y tratamos de resaltar el hecho de que estas variables socioeconómicas interactúan con aspectos de la estructura de los hogares para constituir el contexto del desarrollo humano desde edades tempranas.⁸

El desarrollo infantil es un proceso acumulativo. Las habilidades cognitivas y no cognitivas fundamentales de los niños se forman a una edad temprana, mucho antes del comienzo de la escolaridad. Las experiencias de los niños durante la infancia son cruciales para definir los hábitos de búsqueda, observación e incorporación de vivencias nuevas y más complejas, así como los nuevos esquemas que desarrollen para pensar y categorizar esas vivencias. La variedad de experiencias pasadas de un niño influenciará en qué nuevas experiencias este observará y elegirá en el futuro (Hart y Risley, 2003). Cualquier dificultad en el desarrollo en etapas críticas, principalmente la primera infancia, pueden tener consecuencias importantes tanto en el corto como en el largo plazo. En este sentido, la familia es un factor determinante de las habilidades y la motivación requeridas para el desarrollo de niños, adolescentes y adultos con futuros exitosos.

Las brechas en el desarrollo de niños de diferentes entornos socioeconómicos aparecen temprano, y están asociadas con diferentes contextos y prácticas parentales. Las decisiones sobre cómo alimentar a los hijos, cuándo llevarlos al médico, si hablarles, jugar con ellos o estimularlos de alguna manera, impactarán en el desarrollo de sus habilidades y en sus posibilidades futuras. Dichas decisiones se relacionan no solo con el ingreso de los padres, sino también con otras características, como nivel educativo, edad, y grado de motivación y compromiso con la crianza.

Estas diferencias tienden a ampliarse a medida que los niños crecen, y en muchos casos las instancias de educación formal llegan demasiado tarde para remediar estas diferencias. Por eso, no puede esperarse que la escolarización compense totalmente por las herramientas que algunas familias no logran proveer a sus hijos en los primeros años de vida.⁹ Con esto, la participación de los padres u otros adultos cuidadores se vuelve crucial.

7 Heckman y Mosso (2014) proveen un excelente resumen de esta literatura multidisciplinaria desde una perspectiva económica.

8 La literatura que aquí revisamos desde una perspectiva amplia de desarrollo humano tiene fuerte foco en los efectos durante la primera infancia. Esto se debe tanto al argumento “Heckmaniano” de que la primera infancia es crucial para el futuro, como al hecho de que la naturaleza de los datos disponibles hace más factible estudiar efectos de corto plazo que efectos de largo plazo.

9 En muchos casos, durante la etapa escolar se potencian estas desigualdades.

En el resto de esta sección se sintetiza la literatura internacional al respecto. Recorreremos evidencia muy heterogénea que vincula distintas dimensiones de las familias con diferentes impactos en el desarrollo de los niños. En particular, los trabajos revisados se refieren a atributos de los miembros adultos del hogar, tales como su edad, nivel educativo y de ingresos, así como el tipo de estructura familiar, su estabilidad, su posible disolución y la conformación de nuevos vínculos. Respecto a los efectos observados en los niños, se recorren dimensiones tan diversas como el peso al nacer, el desarrollo de habilidades cognitivas y socioemocionales, la probabilidad de ser padre/madre joven, el nivel de ingreso futuro y la salud mental en la adultez.

En este esfuerzo de presentar las principales conclusiones de una literatura amplia y diversa, no es nuestro propósito definir un índice particular de “bienestar infantil”. El desarrollo infantil en particular y el desarrollo humano más general son conceptos complejos y multidimensionales. El desarrollo físico, cognitivo, y emocional tiene diversas manifestaciones que varían según la edad de los niños e incluso de su género. Señalamos para cada trabajo referido qué variables y con qué frecuencia temporal se utilizan. Como se podrá observar, la literatura existente al respecto está muy sesgada en términos de países analizados, con un predominio del caso de los Estados Unidos. Uno de los propósitos de este trabajo es tratar de estimular investigaciones equivalentes para otros casos, como el caso argentino.

Conformación y funcionamiento de las familias. Efectos de selección

Una amplia gama de estudios relaciona características de las familias con diversos resultados en términos del desarrollo de los niños y su futuro como adultos. Tales correlaciones sintetizan relaciones complejas y multicausales, y cada una de ellas ilumina ciertos aspectos en particular. Para poner orden en esta selva de trabajos, se podría argumentar que “lo que verdaderamente importa” para la vida de los niños y su desarrollo es la calidad y el *funcionamiento* del ambiente familiar.

Dicho funcionamiento, por lo general no directamente observable por el analista, depende de múltiples circunstancias, incluyendo la estructura familiar y las características individuales de los miembros del hogar. Las personas tienen características que influyen en su socialización y comportamientos a lo largo de la vida, y también influyen el tipo de relaciones que estas entablan y la estabilidad de esas relaciones. Ciertas características y comportamientos son observables para el analista (nivel educativo, edad, situación habitacional, ingresos), pero otros son más difíciles de observar (nivel de compromiso, motivaciones intrínsecas, temperamento, propensión a la violencia). Cuando los individuos forman relaciones aportan a la pareja rasgos que tienen implicancias para la estructura, el funcionamiento y la estabilidad familiar. Así, distintas características de las personas las vuelven más o menos propensas a casarse legalmente, a la convivencia armónica, a sostener una relación de pareja en el tiempo. Asimismo, muchas de ellas pueden influir sobre diversos resultados evidenciados por los niños. La presencia de características no observables presenta un desafío para la interpretación de los datos. La literatura encuentra correlaciones sugerentes que serán descriptas a continuación, pero estas no siempre implican causalidad.

En ese sentido, la presencia de efectos de selección toma un papel central. Dado que algunos individuos poseen rasgos que los “seleccionan” a ciertos tipos de arreglos familiares (Amato, 2005), puede ser que los resultados observados en los niños en distintas estructuras familiares respondan a la estructura del hogar en sí, pero también a las características de los padres en ese hogar. Por ejemplo, se suele encontrar que es menos probable que hijos de parejas casadas vayan alguna vez a prisión;¹⁰ pero no necesariamente podemos atribuir esto a un “efecto del matrimonio”, dado que puede haber características de los padres, como la propensión a la violencia, que hagan menos probable que estos estén casados, al mismo tiempo que afectan también el clima intra-hogar y las conductas futuras de los niños criados en ese entorno.

Por estas razones, la evidencia empírica en esta literatura presenta una mezcla de efectos causales con correlaciones entre variables que no necesariamente implican causalidad. Algunos estudios buscan estrategias que permitan aislar el efecto causal de determinada característica sobre un resultado, “limpiando” este efecto de cualquier otra característica que pueda estar involucrada. Por ejemplo, podría buscarse evaluar el impacto de la estructura familiar sobre la *performance* escolar de los niños. Esto requiere comparar niños (y familias) similares que solamente difieran en la característica cuyo impacto se busca estudiar, en nuestro ejemplo la estructura familiar. De este modo, al encontrar diferencias en la *performance* escolar, estas podrán atribuirse únicamente a dicha estructura. La gran dificultad reside en determinar qué niños (o familias) son “similares”. Es relativamente fácil distinguirlos en términos de características observables (por ejemplo, el nivel educativo de los padres), pero resulta muy difícil evaluar las diferencias en características inobservables (por ejemplo, motivación o clima del hogar) que muy probablemente estén, al mismo tiempo, relacionadas con el aspecto a evaluar (la estructura familiar) y el resultado observado (la *performance* escolar). Esto es de vital importancia, ya que, al encontrar diferencias en algún resultado, estas pueden ser atribuidas al aspecto estudiado, ignorando las diferencias inobservables entre los grupos que se están comparando, que bien pueden ser la causa (o parte de la causa) del resultado que se observa. Como es de esperar, aquellos estudios que logran desarrollar una estrategia efectiva de identificación causal suelen encontrar resultados más modestos (dado que en este caso desaparecen – “se restan” – los efectos de selección).

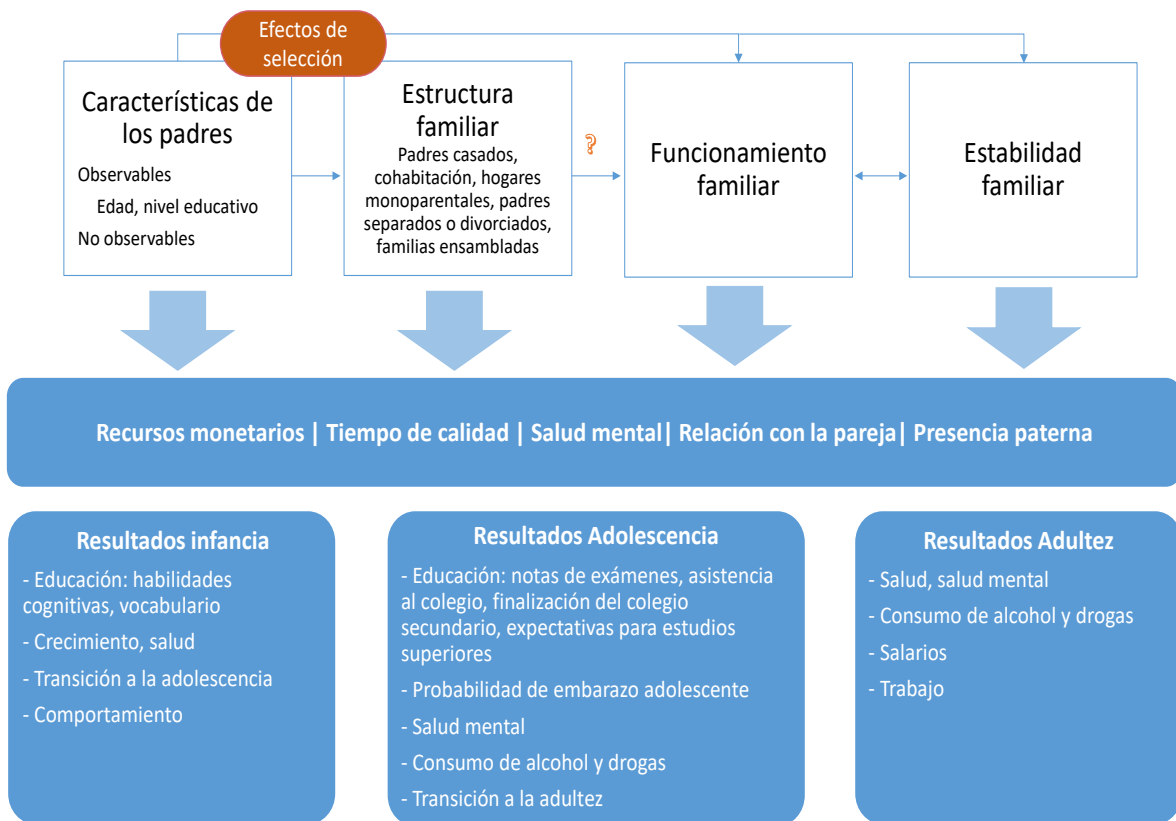
De todas maneras, las correlaciones que describimos son muy relevantes en sí mismas para motivar exploraciones futuras y de gran utilidad para el diseño de políticas públicas. Para algunos aspectos de política pública es necesario entender mejor las causalidades, pero un conocimiento práctico y concreto de las correlaciones puede ser de gran importancia, por ejemplo, en el trabajo de prevención de situaciones tales como la violencia doméstica o el embarazo adolescente, la negligencia con respecto al cuidado de los niños, y la probabilidad de abandono escolar, entre otras. En nuestra revisión serán analizados ambos tipos de evidencia, haciendo un esfuerzo por resaltar cuando existe evidencia de tipo causal.

10 Véase, por ejemplo, Bosick y Fomby (2018).

Este es un buen momento para resaltar que, precisamente por los motivos recién expuestos, de ninguna manera el hecho de que la literatura haya tendido a encontrar en general “efectos” positivos de ciertas estructuras familiares, como el matrimonio, sobre diversos indicadores de desarrollo infantil, implica que uno pueda promover la nupcialidad como una receta de política pública. Lo que sí hace la literatura que reseñamos es señalar la importancia de estar atentos a las estructuras familiares a la hora de diseñar estrategias de apoyo social más pertinentes.

La Figura 7 resume cómo factores como las características de los padres y la estructura familiar influyen sobre el funcionamiento y la estabilidad familiar y los insumos que los niños recibirán, incidiendo sobre sus resultados futuros. Patrones familiares más caóticos afectarán el bienestar de los niños de manera negativa. Estas diferencias en las características de la familia en la que distintos niños crecen, sumamente marcadas según el nivel socioeconómico, implicarán “destinos divergentes”. Estos factores se retroalimentarán, y definirán los recursos monetarios a los que tendrán acceso los niños, el tiempo de calidad que podrán compartir con sus padres, el tipo de contacto que tendrán con ellos, y la cantidad de situaciones de estrés que experimenten, teniendo impactos sobre sus resultados presentes y futuros. La estructura familiar parece haberse convertido, en algunas sociedades, en un mecanismo crucial para la reproducción de inequidades (McLanahan y Percheski, 2008).

Figura 7. Características de las familias, funcionamiento familiar y sus implicancias de corto y largo plazo



Fuente: elaboración propia

La agenda de investigación que estamos tratando de impulsar pretende verificar estas afirmaciones para casos como el de la Argentina.

Más allá de los problemas de endogeneidad expuestos, existen patrones de efectos de los distintos tipos de familia sobre la vida y el desarrollo de los niños, patrones que resumimos a continuación. El análisis se centrará en los efectos de las características de los padres, los tipos de estructuras familiares y la inestabilidad y transiciones familiares.

Efectos de las características (observables) de los padres¹¹

Educación, edad y nivel de ingresos

El nivel educativo, la edad y el nivel de ingresos de los padres son importantes para ciertos aspectos del bienestar de los niños. Cuando los padres hablan con sus hijos, les leen cuentos, o tratan de estimularlos, ayudan al desarrollo. A pesar de que el tiempo total que los padres dedican a sus hijos en promedio no varía según su nivel educativo, se observa que los más educados acumulan más horas en actividades específicamente enfocadas en los niños, en comparación con la combinación de tiempo de cuidado más realización de otras tareas. En los Estados Unidos esta diferencia es más marcada para aquellos niños que nacen en hogares pobres (Ratcliffe y McKernan, 2012) o con madres más jóvenes (Heckman y Masterov, 2007).

El niño promedio de tres años de clase baja tiene un vocabulario más reducido que su par en una familia de mayores ingresos, y además suma nuevas palabras a su vocabulario más lentamente. Hart y Risley (2003) encuentran, para los Estados Unidos, que los logros obtenidos a los tres años son un buen predictor de las habilidades lingüísticas a los nueve y diez años. Los hijos de parejas menos educadas también tendrían en América Latina una menor probabilidad de recibir estos estímulos dadas las dificultades de los padres –cuyo propio vocabulario es limitado– de fomentar el desarrollo del vocabulario de sus hijos. Los hijos de madres menos escolarizadas tienen una menor probabilidad de que les lean que los de madres más educadas (Berlinski, 2015). En Uruguay, el ingreso per cápita del hogar y los años de educación de la madre están positivamente asociados con el puntaje obtenido en la Observación HOME, que mide la calidad de la estimulación cognitiva y el apoyo emocional del niño. Asimismo, prácticas como leer libros y cantar canciones se asocian positivamente con el puntaje HOME (López Boo et al., 2018).

Tanto la edad como la educación de los padres son cruciales en términos de la pobreza infantil y su persistencia. La edad de la madre es un determinante importante de la probabilidad del niño de vivir en la pobreza (Ratcliffe y McKernan, 2012). Cuanto más grande es la madre, mayores son sus recursos parentales en promedio (McLanahan, 2004). Los niños estadounidenses que fueron pobres la mitad de su infancia son 90% más propensos a llegar a los veinte años sin haber completado la escolaridad secundaria, y cuatro veces más propensos a tener hijos en la adolescencia (Ratcliffe y McKernan, 2012). Esta situación, común en

11 Como ya aclaramos, utilizaremos la palabra “efectos” en un sentido relativamente laxo, no necesariamente causal.

otros países desarrollados y de América Latina, se relaciona estrechamente con el embarazo adolescente y la movilidad intergeneracional.

Tanto la educación como la edad de los padres están asociados a las prácticas parentales de disciplina. Para Bolivia y Perú se observa que los hijos de madres con secundario o más tienen la mitad de probabilidad de ser castigados severamente que los hijos de madres con primaria incompleta o menos (Berlinski, 2015). En Uruguay, niños pertenecientes a familias más vulnerables están expuestos a entornos familiares de menor calidad –menos receptivos y más punitivos– que no favorecen a su desarrollo (López Boo et al., 2018).

Como vimos, existen varios estudios con asociaciones importantes entre los resultados de los niños y la edad, el nivel educativo y de ingresos de sus padres. Encontrar evidencia causal en este ámbito no es fácil. Sintetizamos a continuación algunos estudios que sí lo hacen, respaldando causalmente algunas de las correlaciones mencionadas.¹²

Carneiro *et al* (2013) encuentran evidencia causal para los Estados Unidos de que un año adicional de educación materna incrementa la *performance* del niño en exámenes de matemática, y reduce la incidencia de problemas de conducta. Currie y Moretti (2003) encuentran una fuerte relación entre la educación de la madre y la salud del niño al nacer, entre la edad de la madre y la posibilidad de estar casada y de realizar los cuidados prenatales necesarios, y una asociación negativa con la probabilidad de que fume y con la cantidad de hijos que tenga.

Con respecto al tiempo que los padres dedican a sus hijos, Dahl *et al* (2016) y Danzer y Lavy (2016) evalúan el efecto de la extensión en las licencias por maternidad en los resultados de capital humano de niños en Noruega y Austria. Los resultados más fuertes se encuentran para varones de madres más educadas versus varones de madres menos educadas; estos últimos parecen haber sido perjudicados por la política.

Aizer (2011) encuentra que la violencia doméstica tiene fuertes resultados negativos sobre el peso del niño al nacer. Estos resultados y el hecho de que las más propensas a experimentar situaciones de violencia doméstica son las mujeres de niveles socioeconómicos bajos, incrementan la disparidad entre los niños al nacer.

Las situaciones de pobreza, inestabilidad de ingresos e inestabilidad en las relaciones de pareja muchas veces conllevan a situaciones de estrés. Aizer *et al* (2016) encuentran evidencia causal de que la exposición en útero a niveles elevados de cortisol afecta negativamente las habilidades cognitivas de los niños y su *performance* en la escuela. Los efectos para los hijos de mujeres menos educadas son más fuertes. Persson y Rossin-Slater (2016) comparan a madres en Suecia que perdieron a un miembro de la familia durante el embarazo con aquellas que sufrieron la pérdida en el año posterior al nacimiento y encuentran efectos en el peso al nacer de los niños en el grupo de bajos ingresos, así como efectos negativos en la salud mental futura de éstos.

12 Por una cuestión de brevedad editorial no discutimos en detalle las estrategias de identificación de cada caso. Para un tratamiento un poco más extenso de estas cuestiones, véase nuestro documento de trabajo en <https://webacademicos.udesa.edu.ar/pub/econ/doc152.pdf/>.

En resumen, los hijos de padres más jóvenes, menos educados y con menores ingresos tendrían peores resultados en variables como peso al nacer, capital humano, nivel de desarrollo cognitivo, probabilidad de ser padre joven, nivel de ingreso futuro y salud mental en la adultez. Estos efectos podrían ser una consecuencia directa de estas características de los padres, o una consecuencia indirecta a través de factores como el tiempo dedicado a los niños, la violencia familiar y el estrés materno. La evidencia causal parece convenir en que los efectos se verían profundizados cuanto más bajo el nivel de ingresos o el nivel educativo de los padres.

Embarazo adolescente

La maternidad adolescente suele combinar varios de los factores de características de los padres de la subsección anterior, así como correlacionar con ciertas estructuras familiares, como se desarrolla en la sección siguiente. Por ejemplo, Velázquez Battistessa (2014) encuentra evidencia (causal) de que la educación reduce la tasa de fecundidad adolescente en la Argentina, lo cual refuerza la lógica de círculos virtuosos y viciosos en estas dinámicas de vida.

La literatura encuentra un fuerte vínculo entre pobreza y alta fecundidad, especialmente para madres adolescentes. Las mujeres jóvenes con varios hijos tienen una menor probabilidad de completar su educación y de lograr una inserción laboral exitosa, lo que implica menor acumulación de capital humano (Rofman, 2020). En consecuencia, los hijos de estas mujeres tienen pocas oportunidades de mejorar sus condiciones de vida, ya que suelen estar condicionados desde el momento de la gestación.

Los hijos de madres adolescentes en América Latina tienen mayor probabilidad de morir durante el parto, de tener bajo rendimiento cognitivo, de repetir de grado en el colegio, de evidenciar problemas de conducta y de crecer en un hogar más pobre (Azevedo *et al.*, 2012). La probabilidad de que la madre muera durante el parto o se suicide es también mayor. Estos resultados se potencian cuanto peores son las condiciones socioeconómicas. Las madres adolescentes latinoamericanas tienen una mayor probabilidad de ser madres solteras (CEPAL, 2007), con una fuerte asociación entre la edad de la madre al tener su primer hijo, y la edad de sus hijas en el momento del primer embarazo (Arraigada, 2007; Jelin, 2005).

En síntesis, existe una relación negativa entre el embarazo adolescente y los resultados de corto, mediano y largo plazo de los niños. El impacto de estos efectos dependería no sólo del embarazo en sí, sino también de las características del contexto. Situaciones de pobreza y bajo nivel educativo de la madre profundizan los riesgos.

Efectos de la estructura familiar

La clave en términos del bienestar y desarrollo infantil no es la estructura del hogar *per se*, sino el funcionamiento de este. Geldstein (1994) plantea, por ejemplo, que hogares monoparentales con jefatura femenina constituyen entornos más propicios para el bienestar de los niños que la convivencia en una familia completa en la que el padre no contribuye al presupuesto familiar, no se involucra en el cuidado de los hijos, y en la que puede haber situaciones de violencia doméstica.

Sin embargo, existe abundante evidencia de la (co)rrelación entre ciertas características propias de las diversas estructuras familiares y diversas dimensiones del bienestar de los niños que resumimos a continuación. Es importante volver a señalar aquí las dificultades existentes para encontrar evidencia causal al respecto, por lo que es necesario tener en cuenta la posibilidad de fuertes efectos de selección.

Familias biparentales estables

Múltiples estudios para distintos países tienden a encontrar que los niños criados en hogares con dos padres casados evidencian mejores resultados en diversos indicadores de bienestar y desarrollo. En este sentido, se encuentran asociaciones entre crecer en familias con padres que no estaban casados al momento del nacimiento, y resultados negativos en notas de exámenes, asistencia al colegio, transición a la adolescencia y la adultez, finalización de la secundaria, expectativas para estudios superiores y probabilidad de embarazo adolescente, en comparación con niños en familias biparentales estables (McLanahan y Sandefur, 1994; Waldfogel et al., 2010). Amato (2005) sugiere que los niños en familias biparentales estables tienen mayores estándares de vida, crianzas de mejor calidad, comportamientos cooperativos por parte de los padres, y relaciones emocionales más estrechas con sus padres, además de vivenciar una menor cantidad de experiencias traumáticas. Suelen experimentar menos problemas en capacidades cognitivas, emocionales y sociales, no sólo durante la infancia sino también en la adultez.

Magnuson y Berger (2009) encuentran evidencia causal para los Estados Unidos entre el tiempo que un niño vive en un cierto tipo de estructura familiar entre los 6 y 12 años, y su rendimiento en pruebas cognitivas, con diferencias significativas en las trayectorias de vida de los niños de acuerdo con el tiempo pasado en un hogar con ambos padres biológicos.

Cohabitación

Se observa una (co)rrelación negativa entre crecer en hogares de padres que cohabitan y diversos indicadores de bienestar de los niños, en comparación con los hijos de familias de padres casados.

La pobreza infantil en familias de padres que cohabitan es más frecuente que para familias de padres casados (Thomas y Sawhill, 2005). Brown (2004) encuentra para los Estados Unidos una asociación positiva entre hijos de padres que cohabitan y el desarrollo de problemas emocionales, de conducta, de compromiso con las actividades escolares y de *performance* en el colegio. En el caso de los más pequeños (6 a 11 años) los recursos económicos y de crianza ayudarían a atenuar estas diferencias.

Los niños que nacen en hogares de padres que cohabitan son más propensos a experimentar una separación de éstos (Andersson et al., 2017). En los Estados Unidos casi la mitad de las madres que cohabitan termina su relación con el padre del niño antes de que éste cumpla tres años (McLanahan, 2004). Los hijos de padres que cohabitan en los Estados Unidos tienen una probabilidad de 50% y 67% de ver a sus padres separarse antes de cumplir 5 y 10 años respectivamente, mientras que

para los niños de familias de padres casados estos porcentajes son iguales a 15% y 30% (Smock y Manning, 2004).

No hay muchos estudios que establezcan causalidad entre cohabitación-matrimonio y el desarrollo y bienestar de los niños. Parte de la correlación se debe a características diferentes entre las personas que cohabitan y las que están casadas. Estas parejas suelen estar en peor posición socioeconómica, ser más propensas a estar desempleadas, a tener menos educación, problemas mentales y relaciones de peor calidad (McLanahan, 2004; Amato, 2005).

Un interesantísimo trabajo reciente de Torche y Abhufele (2021) argumenta que parte de los resultados comúnmente hallados de que niños que nacen con padres casados tienen mejores “resultados” a lo largo de su vida pueden deberse a la, hoy debilitada, norma existente en muchas sociedades de que “casarse era lo correcto”. Según esta lógica, parte de estas asociaciones tenderían a debilitarse con el tiempo. Tal hipótesis es una motivación adicional para promover este tipo de estudios en distintos contextos, como el argentino. Por ejemplo, uno esperaría que esta asociación sea más fuerte en provincias más tradicionales y conservadoras que en provincias más modernas.

Familias monoparentales

Existe una asociación marcada entre el bienestar de los niños y su crianza en un hogar monoparental. Dicha asociación puede deberse a distintos tipos de mecanismos: factores mecánicos, selección en variables observables, selección en variables difíciles de observar y “efectos genuinos” de la monoparentalidad *per se* sobre el bienestar de los niños. Es muy posible que estos últimos sean pequeños (o aún nulos), pero para llegar a dicha conclusión hacen falta trabajos que puedan explorar estos mecanismos en mayor detalle empírico.

En términos de factores “mecánicos”, la presencia de dos adultos implica el doble de recursos para ayudar en la crianza, tanto financieros como de tiempo. Asimismo, los hogares monoparentales suelen ser más frecuentes en el caso de individuos más jóvenes, menos educados y de menores ingresos, con lo que más allá de las características no observables de estos padres, los niños en hogares monoparentales están en promedio en una situación peor. Por otro lado, los resultados de estos niños también están influenciados por características inobservables de los padres en hogares monoparentales, como la motivación, el compromiso y la responsabilidad. Esto no implica que todos los padres solteros estén menos motivados y sean menos responsables, pero sí que estos pueden tener ciertas características que los seleccionan a encontrarse en este tipo de situación, y esas características afectan los resultados de los niños, más allá del mero hecho de vivir en un hogar monoparental. Finalmente, es posible, aunque más difícil de verificar empíricamente, que la propia situación de monoparentalidad genere algunas dinámicas que podrían ser perjudiciales para los niños.

En la mayoría de los casos, los hijos residen con sus madres. Estas suelen verse obligadas a incrementar sus cargas de trabajo remunerado y no remunerado, así como también su compromiso con la crianza del niño. Una mujer soltera, particularmente si trabaja fuera del hogar, no tendrá tanto

tiempo disponible para compartir con sus hijos como en una familia casada, criándolos, además, con menos ayuda del otro padre. Esto puede llevar a una situación de sobrecarga emocional, de tareas y de responsabilidades (Waldfoegel *et al.*, 2010; Amato, 2005; Brown, 2004).

A muchos padres solteros puede resultarles difícil funcionar eficazmente en la crianza de sus hijos. En los Estados Unidos, los hogares monoparentales están positivamente correlacionados con la imposición de menor cantidad de reglas, menores grados de supervisión, mayor dureza e inconsistencia con la disciplina, relaciones más conflictivas entre padres e hijos, y menor soporte emocional (Thomson *et al.*, 1992; Astone y McLanahan, 1991). Demo y Acock (1996) encuentran asociaciones entre ser madre soltera y la ocurrencia de episodios de depresión. Los niños en hogares monoparentales serían más propensos a estar expuestos a situaciones de estrés (Amato, 2005).

A pesar de que las mujeres solteras suelen trabajar más que las casadas, este incremento en las horas de trabajo no compensa totalmente la pérdida de ingreso de la pareja (McLanahan y Percheski, 2008). Las tasas de pobreza son sustancialmente más altas para mujeres con niños en hogares monoparentales que para aquellas en hogares biparentales estables para todo nivel de educación en los Estados Unidos y América Latina (Lundberg *et al.*, 2016; Cerruti y Binstock, 2009). En América Latina las familias monoparentales con jefas mujeres se concentran en hogares de menores ingresos, como consecuencia del menor número de aportantes económicos y los inferiores salarios femeninos (Arraigada, 2007). En Argentina, los hogares monoparentales son particularmente vulnerables: en 2010, 83% tenía jefatura femenina y 70% estaba en los dos quintiles más bajos de ingresos (Echeverría, 2019).

Según Mackay (2005), el bienestar de los niños estadounidenses criados en hogares monoparentales es inferior al de aquellos viviendo en hogares con dos padres.¹³ Asimismo, los hogares monoparentales británicos presentaban en 2006 peores niveles de salud y financieros que los biparentales (Lyon *et al.*, 2006). En América Latina, los adolescentes que conviven con ambos padres alcanzan mayores niveles educativos que aquellos en hogares monoparentales (Duryea y Robles, 2016). En Ecuador, los niños que conviven con los dos padres tienen menor probabilidad de atrasarse en la escuela, de no estar al día con las vacunas y de sufrir problemas de crecimiento. En México, la deserción escolar es de 9% en adolescentes de familias tradicionales y de 17% en familias monoparentales con jefatura femenina (Pliego Carrasco, 2013).

Como sería de esperar, la evidencia causal es más mixta que la evidencia en términos de correlaciones. Gennetian (2005) utiliza efectos fijos para hermanos estadounidenses (5 a 10 años) para estimar el efecto de la estructura familiar en resultados cognitivos, y encuentra un efecto negativo pequeño para las familias monoparentales. Finlay y Neumark (2010) no encuentran efectos significativos de crecer en un hogar monoparental para el abandono escolar adolescente en los Estados Unidos. Ayllón y

13 Algunas de las medidas de bienestar que el autor analiza son: capacidad cognitiva, escolaridad, salud física, salud mental y emocional, conducta social y relaciones con los compañeros, delincuencia, tabaquismo, consumo de sustancias, salida prematura del hogar, comportamiento sexual de inicio temprano, embarazo adolescente, entre otros.

Ferreira-Batista (2015) instrumentan la probabilidad de ser madre soltera y encuentran para Brasil que los niños criados en estos hogares tienen menor estatura. Los datos también señalan efectos en los resultados escolares y cuidado de la salud, aunque la evidencia causal en este caso es más escasa.

Efectos de inestabilidad familiar y transiciones

Separación, divorcio y ausencia paterna

La literatura que estudia efectos de la inestabilidad y las transiciones familiares en el bienestar de los niños es amplia. Tanto el divorcio y la separación como el conflicto parental previo y la inestabilidad posterior tienen efectos sobre el bienestar de los niños. Estos efectos son mayores o menores ante la presencia de otros factores, como el nivel de ingreso de la familia, el nivel de conflicto parental, y el género del padre que continúa viviendo con el niño.

No todas las situaciones de ruptura son iguales o responden a los mismos factores. El elemento más importante para el bienestar de los niños es el funcionamiento familiar, que entre otras cosas depende de las características de los padres, la estructura familiar y la estabilidad del hogar. No es lo mismo un niño que experimenta sucesivas rupturas y múltiples transiciones, que uno cuyos padres se divorcian una sola vez. Tampoco es igual un niño cuyos padres se separan en malos términos y tras sucesivos conflictos, que uno que experimenta un divorcio tranquilo. Muchas de las dificultades para los niños alrededor de una separación están más relacionadas con lo que sucede antes y después de la ruptura, lo cual depende de las características de los padres y de la situación. Mechanic y Hansell (1989) encuentran una asociación positiva entre el nivel de conflicto familiar y la depresión y ansiedad en la adolescencia. Peterson y Zill (1986) plantean una asociación positiva entre las interrupciones familiares y los problemas de comportamiento en los niños, con efectos más grandes cuanto mayor es la cantidad de transiciones. Sin embargo, los efectos parecerían ser más leves si el niño continúa viviendo con el padre de su mismo sexo o cuanto mejor sea la relación con los padres. Vale la pena recalcar que el conflicto entre padres en familias biparentales, si es persistente, puede ser igualmente dañino para el bienestar de estos niños.

Por otro lado, las familias de padres separados pueden tener características inobservables que afectan el desarrollo de los niños, más allá de la separación (Pronzato y Aassve, 2019).

En términos de evidencia causal, la literatura provee abundantes estudios que muestran una asociación negativa entre este tipo de estructuras y transiciones familiares y el bienestar de los niños. Cherlin *et al* (1991) encuentran efectos negativos del divorcio en problemas de conducta y *performance* en exámenes para niños y niñas de 11 años en Gran Bretaña y para niños en los Estados Unidos. Estos resultados se atenúan al controlar por el nivel de conflicto parental y los resultados de los niños antes del divorcio. En línea con lo que se mencionó anteriormente, la evidencia sugiere que en aquellos matrimonios que no se rompen, altos niveles de conflicto están asociados con un incremento aún mayor en los problemas de comportamiento del niño.

Cooper *et al* (2011) encuentran efectos negativos de las transiciones residenciales en las habilidades lingüísticas y en problemas de conducta para niños de 5 años. Pronzato y Aassve (2019) encuentran que los efectos negativos en el comportamiento del niño son pequeños al principio, pero más fuertes dos años después de la separación. Frisco *et al* (2007) encuentran una relación negativa significativa entre la disolución de parejas y el promedio de notas escolares y la aprobación de algunas materias de niños estadounidenses de 7 a 13 años.¹⁴

Gruber (2004) utiliza el cambio en leyes de divorcio como variable instrumental para evaluar el impacto del divorcio en los resultados de los niños en la adultez. Encuentra asociaciones relevantes entre el divorcio unilateral y el matrimonio temprano, el divorcio, el nivel educativo, el ingreso familiar y la probabilidad de suicidio. En el caso de las mujeres, el divorcio de los padres también tiene efectos en la participación laboral y el nivel de ingresos futuro.

Comparando niños que crecen en hogares monoparentales con jefatura femenina como consecuencia del divorcio vs. la muerte del padre, Biblarz y Gottainer (2000) encuentran que los hijos de madres divorciadas alcanzan menores niveles educativos, peor estatus ocupacional y menores niveles de felicidad. No se encuentran diferencias significativas en términos de crianza, roles de género, valores familiares, religiosidad y cuidado de la salud, pero sí en el estatus ocupacional, estrés financiero y participación laboral, sugiriendo que la posición socioeconómica de la familia es clave para los resultados.

La abundante evidencia correlacional entre la inestabilidad y el desarrollo de los niños está en la misma línea. Comparados con niños en familias biparentales estables, aquellos cuyos padres se separan son más propensos a presentar peores resultados en problemas de conducta, abandono escolar, *performance* educativa, estado de salud, abandono del hogar, inicio temprano de relaciones sexuales, embarazo adolescente, depresión, consumo de cigarrillos, drogas y alcohol, autoestima y sociabilización, condiciones habitacionales e ingresos (Amato y Keith, 1991; Rodgers y Pryor, 1998).

Luego de una ruptura y a medida que el niño crece, las contribuciones económicas y emocionales del padre no residente tienden a disminuir. La calidad de la crianza y de las relaciones entre padres e hijos tiende a caer con la separación, lo que suele reflejarse en una menor calidez, soporte y compromiso por parte de los padres, así como también en cambios e inconsistencias en la disciplina, y fuertes cuotas de estrés para todos los involucrados (Pryor y Rodgers, 2001; Mooney *et al.*, 2009). Amato y Sobolewski (2001) observan que los efectos negativos encontrados en el bienestar psicológico de los niños durante la adultez se diluyen cuando se controla por la calidad de la relación padre-hijo.

Asimismo, la ausencia de uno de los padres reduce el acceso al capital social (McLanahan, 2004). El capital humano de los padres puede ser irrelevante si el contacto con los hijos es bajo o inexistente (Coleman, 1988). El sentimiento de abandono a consecuencia de la ausencia de uno de los padres podría llegar a tener efectos psicológicos en los niños

14 Utilizando el método de propensity score matching encuentran resultados similares a aquellos obtenidos por regresiones convencionales.

(Lamb, 1999; Cabrera et al., 2000). Los más propensos a sostener la relación económica y sentimental con sus hijos son los padres más educados, aquellos que se identifican más con el rol de padre y los que tienen una buena relación con la madre del niño (Lerman, 2010).

Familias ensambladas

Muchas veces las separaciones conllevan a la formación de familias ensambladas. Una nueva unión implica nuevas oportunidades de recursos financieros, soporte emocional, compañía e intimidad, pero, la complejidad de las relaciones familiares en algunos casos podría tener a veces efectos perjudiciales, principalmente por la inestabilidad que implica para los niños (Carlson, 2018).

Con evidencia causal, usando *siblings fixed effects* para niños estadounidenses de 5 a 10 años, Gennetian (2005) encuentra efectos negativos de vivir en una familia ensamblada con hermanastros en *tests* cognitivos, aunque menores que los encontrados vía mínimos cuadrados ordinarios. Evenhouse y Reilly (2004) también encuentran efectos negativos sobre diferentes medidas de bienestar, como el promedio escolar, para niños de 12 a 18 años.

Asimismo, estudios no causales sugieren que los padrastros suelen abstenerse de intervenir con los hijos de su pareja (Thomson *et al.*, 1992) y que suelen dedicarles menos tiempo que a hijos biológicos (Waldfogel *et al.*, 2010), lo que podría resultar en un menor grado de cohesión familiar (Pryor y Rodgers, 2001). La entrada de una nueva figura podría confundir el *statu quo* de autoridad en la familia, y este nuevo miembro del hogar podría no ser tan bueno en el cuidado de los niños como los propios padres. La entrada de nuevos integrantes al hogar puede implicar nuevas reglas y rutinas y también acercamientos emocionales que podrían generar conflictos con el padre biológico (Amato, 2005).

Los niños en familias ensambladas suelen exhibir resultados educativos similares a los de los niños en hogares monoparentales, pero peores que aquellos con padres casados en primeras nupcias (Amato, 2005; Ginther y Pollak, 2004). Los niños en familias ensambladas formadas como resultado de una separación son más propensos a experimentar otra transición de estas características, dado que las tasas de divorcio y separación son más altas que en familias biparentales estables (Cherlin y Furstenberg, 1994).

Conclusión

La segunda transición demográfica conllevó profundos cambios en las configuraciones familiares: reducción de la fertilidad, mayor inserción laboral de la mujer, disminución del matrimonio y aumento de la cohabitación, aumento de las separaciones y divorcios, e incremento de los hogares monoparentales. Estos cambios han tenido un claro gradiente socioeconómico. El matrimonio ha caído y la cohabitación ha aumentado en todos los niveles, pero más en los estratos socioeconómicos más bajos y de menor nivel educativo. Incluso los formatos tienen significados distintos: mientras que la cohabitación entre los más educados es muchas veces considerada un preludio al matrimonio, entre aquellos menos educados pasó a ser el formato habitual de pareja. También la inestabilidad familiar ha aumentado significativamente más en los niveles menos aventajados.

Por último, el incremento generalizado de nacimientos por fuera del matrimonio ha sido mucho más fuerte entre las familias menos educadas.

Mientras muchos de estos cambios implicaron mejoras en el bienestar de las familias más educadas y de mayores ingresos, entre las familias más desaventajadas significaron muchas veces situaciones de mayor inestabilidad y peores condiciones económicas. Esto implica que los niños están creciendo en el seno de estructuras familiares bien diversas, asociadas a un gradiente socioeconómico que parece tener consecuencias positivas entre las familias más educadas, y negativas entre los menos aventajados. Estos niños tienen mayores probabilidades de tener padres más jóvenes, que cohabiten, o en donde la madre lidere sola el hogar y el contacto con el padre sea escaso. También se enfrentan de manera más frecuente a situaciones de fuerte inestabilidad y rearmados de las estructuras familiares. Esto es relevante, dado que lo que ocurre en el seno familia, especialmente a edades tempranas, tiene profundos efectos en la vida futura de los niños.

La evidencia reseñada en este trabajo es muy sugestiva, pero múltiples estudios son necesarios para avanzar en la comprensión de las estructuras de los hogares en distintos segmentos socioeconómicos y su efecto sobre el desarrollo y el bienestar de las personas. Esta necesidad es aún mayor para los países de América Latina y para la Argentina en particular, en donde la información sobre dinámicas de estructura familiar resulta escasa. Estudiar fenómenos tales como los patrones de convivencia de las parejas y su relación con el matrimonio, la inestabilidad de las parejas y la propagación de familias ensambladas requiere de información de actualización periódica. Si bien algunas de estas cuestiones se pueden abordar con encuestas de hogares ya existentes, en varios países muchas otras deben esperar a los censos nacionales que se producen como mínimo cada diez años. En el caso particular de la Argentina, la Encuesta Nacional de Niñas, Niños y Adolescentes es un gran insumo para tomar una foto de la situación actual. Sin embargo, esta no se releva de manera sistemática. Asimismo, además de esto son necesarios también estudios de tipo causal, de manera de analizar estos temas desde la óptica de impactos certeros y la efectividad de políticas. También es muy importante contar con información sobre los modos de ejercer la paternidad y la maternidad, en términos de tiempo dedicado, prácticas de crianza, niveles de estimulación, y recursos, entre otros. Sería muy relevante contar con información sobre el vínculo entre padres e hijos cuando la figura masculina no reside en el hogar.

Finalmente, para comprender cabalmente los mecanismos des-igualadores que podrían producir “destinos divergentes” en la Argentina, sería necesario poder vincular los factores y dinámicas mencionados con los resultados en la vida de los niños, en el corto (medidas antropométricas, resultados cognitivos, habilidades socioemocionales), mediano (conductas de riesgo en la adolescencia, niveles educativos alcanzados, paternidad precoz) y largo plazo (salud en la vida adulta, empleo, ingresos). Si bien existen algunos esfuerzos por proveer este tipo de información, estos suelen ser aislados, parciales y esporádicos. Las severas implicancias de estos posibles “destinos divergentes” requieren un esfuerzo integral en la producción de información que permita comprender mejor los mecanismos y dinámicas y así mejorar el diseño de las políticas públicas destinadas a combatir la desigualdad y la exclusión.

Referencias

- Aizer, A. (2011). Poverty, Violence and Health: The Impact of Domestic Violence during Pregnancy on Newborn Health. *Journal of Human Resources*, 46(3), 518-538.
- Aizer, A., Stroud, L., y Buka, S. (2016). Maternal Stress and Child Outcomes: Evidence from Siblings. *Journal of Human Resources*, 51(3), 523-555.
- Amadeo, E. (2019). Familia Líquida. *Reflexiones sobre los nuevos vínculos familiares*. Buenos Aires: Galerna.
- Amato, P. (2005). The Impact of Family Formation Change on the Cognitive, Social, and Emotional Well-Being of the Next Generation. *The Future of Children*, 15(2), 75-96.
- Amato, P., y Keith, B. (1991). Consequences of Parental Divorce for Children's Well-Being: A Meta-Analysis. *Psychological Bulletin*, 10, 26-46.
- Amato, P., y Sobolewski, J., (2001). The Effects of Divorce and Marital Discord on Adult Children's Psychological Well-Being. *American Sociological Review*, 66(6), 900-921.
- Andersson, G., Thomson, E., y Duntava, A. (2017). Life-table representations of family dynamics in the 21st century. *Demographic Research*, 37(35), 1081-1230.
- Arraigada, I. (2007). Transformaciones familiares y políticas de bienestar en América Latina. En Arraigada (ed.), *Familias y políticas públicas en América Latina: una historia de desencuentros*. Santiago: CEPAL.
- Ariza, M., y Oliveira, O. (2007). Familias, pobreza y desigualdad social en Latinoamérica: una mirada comparativa. *Estudios demográficos y urbanos*, 22(1), 9-42.
- Astone, N., y McLanahan, S. (1991). Family Structure, Parental Practices and High School Completion. *American Sociological Review*, 56(3), 309-320.
- Autor, D., y Wasserman, M. (2013). *Wayward Sons: The Emerging Gender Gap in Labor Markets and Education. Third Way Report*.
- Ayllon, S., y Ferreira-Batista, N. (2015). Mommy, I miss daddy'. The effect of family structure on children's health in Brazil. *Economics and Human Biology*, 19, 75-89.
- Azevedo, J., Favara, M., Haddock, S., López-Calva, J., Muller, M., y Perova, E. (2012). *Embarazo adolescente y oportunidades en América Latina y el Caribe. Sobre maternidad temprana, pobreza y logros económicos*. Washington: Banco Mundial.
- Berlinski, S. (2015). La familia primero. En Berlinski y Schady (ed.), *Los primeros años. El bienestar infantil y el papel de las políticas públicas* (pp. 59-94). Washington: BID.
- Biblarz, T., y Gottainer, G. (2000). Family Structure and Children's Success: A Comparison of Widowed and Divorced Single-Mother Families. *Journal of Marriage and Family*, 62(2), 533-548.
- Binstock, G. (2010). Tendencias sobre la convivencia, matrimonio y maternidad en áreas urbanas de Argentina. *Revista Latinoamericana de Población*, 4(6), 129-146.
- Bosick, S., y Fomby, P. (2018). Family Instability in Childhood and Criminal Offending during the Transition to Adulthood. *American Behavioral Scientist*, 62(11), 1483-1504.
- Brown, S. (2004). Family Structure and Child Well-Being: The Significance of Parental Cohabitation. *Journal of Marriage and Family*, 66(2), 351-367.
- Cabrera, N., Tamis-LeMonda, C., Bradley, R., Hofferth, S., y Lamb, M. (2000). Fatherhood in the Twenty-First Century. *Child Development*, 71(1), 127-136.
- Carlson, M. (2018). Families Unequal: Socioeconomic Gradients in Family Patterns across the United States and Europe. En Cahn et al. (ed.), *Unequal Family Lives*. Cambridge: University Press.
- Carneiro, P., Meghir, C., y Parey, M. (2013). Maternal Education, Home Environments, and the Development of Children and Adolescents. *Journal of the European Economic Association*, 11(1), 123-160.
- Castro, M. (2002). Consensual unions in Latin America: Persistence of a dual nuptiality system. *Journal of Comparative Family Studies*, 33(1), 35-55.
- CEPAL (2007). *Maternidad adolescente en América Latina y el Caribe: tendencias, problemas y desafíos*. Santiago: Naciones Unidas.
- Cerrutti, M., y Binstock, G. (2009). Familias latinoamericanas en transformación: desafíos y demandas para la acción pública. CEPAL.
- Cherlin, A., y Furstenberg, F. (1994). Stepfamilies in the United States: A Reconsideration. *Annual Review of Sociology*, 20, 359-381.

- Cherlin, A., Furstenberg Jr, F., Chase-Lansdale, L., Kiernan, K., Robins, P., Morrison, D., y Teitler, J. (1991). Longitudinal studies of effects of divorce on children in Great Britain and the United States. *Science*, 252, 1386–89.
- Coleman, J. (1988). Social Capital in the Creation of Human Capital. *The American Journal of Sociology* 94, 95-120.
- Copen, C., Daniels, K., y Mosher, W. (2013). First Premarital Cohabitation in the United States: 2006–2010 National Survey of Family Growth. *National Health Statistics Report*, 4(64) 1-15.
- Cooper, C., Osborne, C., Beck, A., y McLanahan, S. (2011). Partnership instability, school readiness, and gender disparities. *Social Education*, 84(3), 246-259.
- Currie, J., y Moretti, E. (2003). Mother's Education and the Intergenerational Transmission of Human Capital: Evidence from College Openings. *Quarterly Journal of Economics*, 118(4), 1495-1532.
- Dahl, G., Løken, K., Mogstad, M., y Salvanes, K. (2016). What is the Case for Paid Maternity Leave? *Review of Economics and Statistics*, 98(4), 655-670.
- Danzer, N., y Lavy, V. (2018). Paid Parental Leave and Children's Schooling Outcomes. *Economic Journal*, 128(608), 81-117.
- Demo, D., y Acock, A. (1996). Singlehood, marriage, and remarriage: The effects of family structure and family relationships on mothers' well-being. *Journal of Family Issues*, 17, 388-407.
- Duryea, S., y Robles, M. (2016). Pulso social de América Latina y el Caribe: realidades y perspectivas. BID.
- Echeverría, L., Menon, M., Perali, F., y Berges, M. (2019). Intra-Household Inequality and Child Welfare in Argentina. CEDLAS.
- Edin, K., y Kefalas, M. (2005). *Promises I Can Keep: Why Poor Women Put Motherhood before Marriage*. Berkeley: University of California Press.
- Esteve, A., y Florez-Paredes, E. (2018). Families in Latin America Dimensions, Diverging Trends, and Paradoxes. En Cahn et al. (ed.), *Unequal Family Lives*. Cambridge: University Press.
- Evenhouse, E., y Reilly, S. (2004). A sibling study of stepchild well-being. *Journal of Human Resources*, 39, 248–76.
- Finlay, K., y Neumark, D. (2010). Is marriage always good for children? Evidence from families affected by incarceration. *Journal of Human Resources*, 45(4), 1046–88.
- Frisco, M., Muller, C., y Frank, K. (2007). Parents' union dissolution and adolescents' school performance: comparing methodological approaches. *Journal of Marriage and Family*, 69, 721– 41.
- Gabrielli, M., y Serio, M. (2017). Testing assortative mating: evidence from Argentina. *Revista de Análisis Económico*, 32(2), 109-129.
- Ganguli, I., Hausmann, R., y Viarengo, M. (2014). Marriage, education and assortative mating in Latin America. *Applied Economics Letters*, 21(12), 806-811.
- García, B., y Rojas, O. (2004). Las uniones conyugales en América Latina: transformaciones en un marco de desigualdad social y de género. CEPAL.
- Gasparini, L., y Marchionni, M. (2017). Bridging Gender Gaps? The Rise and Deceleration of Female Labor Force Participation in Latin America: An overview. CEDLAS.
- Geldstein, R. (1994). Familias con liderazgo femenino en sectores populares de Buenos Aires. En Wainerman (ed.), *Vivir en familia* (pp. 143-182). Buenos Aires: UNICEF/LOSADA.
- Gennetian, L. (2005). One or two parents? Half or step siblings? The effects of family composition on young children's achievement. *Journal of Population Economics*, 1818(3), 415–36.
- Ginther, D., y Pollak, R. (2004). Family Structure and Children's Educational Outcomes: Blended Families, Stylized Facts, and Descriptive Regressions. *Demography*, 41(4), 671-96.
- Goldin, C. (2006). The Quiet Revolution That Transformed Women's Employment, Education, and Family. *American Economic Review*, 96(2), 1-21.
- Gruber, J. (2004). Is making divorce easier bad for children? The long-run implications of unilateral divorce. *Journal of Labor Economics*, 22(4), 799–833.
- Heckman, J., y Masterov, D. (2007). The Productivity Argument for Investing in Young Children. *Review of Agricultural Economics*, 29(3), 446–493.
- Heckman, J., y Mosso, S. (2014). The Economics of Human Development and Social Mobility. *Annual Review of Economics*, 6, 689-733.
- Hart, B., y Risley, T. (2003). The Early Catastrophe: The 30 Million Word Gap by Age 3.
- Härkönen, J. (2017). Diverging Destinies in International Perspective: Education, Single Motherhood, and Child Poverty. Stockholm University SPaDE, WP 2017: 04.

- Jelin, E. (2005). Las familias latinoamericanas en el marco de las transformaciones globales: Hacia una nueva agenda de políticas públicas. CEPAL.
- Kennedy, S., y Bumpass, L. (2008). Cohabitation and children's living arrangements: New estimates from the United States. *Demographic Research*, 19(47), 1663-1692.
- Lamb, M. (1999). Parenting and child development in nontraditional families. Mahwah, NJ: Erlbaum.
- Laplante, B., y Street, M. (2009). Los tipos de unión consensual en Argentina entre 1995 y 2003: una aproximación biográfica. *Estudios demográficos y urbanos*, 24(2), 351-387.
- Lerman, R. (2010). Capabilities and Contributions of Unwed Fathers. *The Future of Children*, 20(2), 63-85.
- Lesthaeghe, R. (2010). The Unfolding Story of the Second Demographic Transition. *Population and Development Review*, 36(2), 211-251.
- Livingston, G. (2014). Fewer than half of U.S. kids today live in a 'traditional' family. Pew Research Center.
- López Boo, F., Cubides Mateus, M., Garibotto, G., y Beron, C. (2018). Medición de la Calidad del Entorno Familiar de los Niños Pequeños en Uruguay: Gradientes Socioeconómicos en el Inventario HOME. IDB-TN-1550.
- Lundberg, S., Pollak, R., y Stearns, J. (2016). Family Inequality: Diverging Patterns in Marriage, Cohabitation, and Childbearing. *The Journal of Economic Perspectives*, 30(2), 79-101.
- Lyon, N., Barnes, M., Sweiry, D. (2006). Families with children in Britain: Findings from the 2004 Families and Children Study (FACS). Research Report Series, 340. Londres: Department for Work and Pensions.
- Mackay, R. (2005). The impact of family structure and family change on child outcomes: a personal reading of the research literature. *Social Policy Journal of New Zealand*, 24, 111-133.
- Magnuson, K., y Berger, L. (2009). Family structure states and transitions: associations with children's well-being during middle childhood. *Journal of Marriage and Family*, 71, 575-91.
- Manning, W. (2013). Trends in Cohabitation: Over Twenty Years of Change, 1987-2010. Family Profiles, National Center for Family and Marriage Research.
- Marchionni, M., Gasparini, L., y Edo, M. (2019). *Brechas de género en América Latina. Un estado de situación*. Caracas: CAF.
- Mare, R. (1991). Five Decades of Educational Assortative Mating. *American Sociological Review*, 56(1), 15-32.
- Martin, J., Hamilton, B., Osterman, M., y Driscoll, A. (2019). Births: Final Data for 2018. *National Vital Statistics Reports*, 68(13).
- Martin, S. (2004). *Growing Evidence for a "Divorce Divide"? Education and Marital Dissolution Rates in the U.S. since the 1970s*. New York: Russell Sage Foundation.
- Mazzeo, V., Martínez, R., Gil, A., y Lascano, V. (2015). Análisis de los cambios en la situación conyugal. Una aplicación de la metodología de panel. *Población de Buenos Aires*, 12(22) 85-96.
- McLanahan, S. (2004). Diverging Destinies: How Children Are Faring Under the Second Demographic Transition. *Demography*, 41(4), 607-627.
- McLanahan, S., y Percheski, C. (2008). Family Structure and the Reproduction of Inequalities. *The Annual Review of Sociology*, 34, 257-276.
- McLanahan, S., y Sandefur, G. (1994). *Growing Up with a Single Parent: What Hurts, What Helps*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Mechanic, D., y Hansell, S. (1989). Divorce, Family Conflict, and Adolescents' Well-Being. *Journal of Health and Social Behavior*, 30(1), 105-116.
- Mooney, A., Oliver, C., y Smith, M. (2009). Impact of Family Breakdown on Children's Well-Being. Institute of Education, University of London.
- Perelli-Harris, B., y Lyons-Amos, M. (2016). Partnership Patterns in the United States and across Europe: The Role of Education and Country Context. *Social Forces*, 95(1), 251-282.
- Persson, P., y Rossin-Slater, M. (2016). Family Ruptures and Intergenerational Transmission of Stress. AER.
- Peterson, J., y Zill, N. (1986). Marital Disruption, Parent-Child Relationships, and Behavior Problems in Children. *Journal of Marriage and Family*, 48(2), 295-307.
- Pliego Carrasco, F. (2013). *Tipos de familia y Bienestar de Niños y Adultos. El debate cultural del siglo XXI en 13 países democráticos*. México: Consejo Editorial Cámara de Diputados.
- Pronzato, C., y Aassve, A. (2019). Parental breakup and children's development: the role of time and of post-separation conditions. *Review of Economics of the Household*, 17, 67-87.
- Pryor, J., y Rodgers, B. (2001). *Children in Changing Families: Life After Parental Separation*. New Jersey: Blackwell Publishing.

- Ratcliffe, C., y McKernan, S. (2012). Child Poverty and Its Lasting Consequence. Low-Income Working Families. Paper 21. The Urban Institute.
- Rodríguez Vignoli, J. (2004). Cohabitación en América Latina: ¿modernidad, exclusión o diversidad? *Papeles de población*, 10(4), 97-145.
- Rodgers, B., y Pryor, J. (1998) *Divorce and Separation: The Outcomes for Children*. York: Joseph Rowntree Foundation.
- Rojas, O., y García, B. Las uniones conyugales en América Latina: transformaciones en un marco de desigualdad social y de género. *Notas de Población*, 78.
- Rofman, R. (2020). La reciente declinación de la fecundidad en Argentina. Una primera mirada a las tendencias, causas e impactos. *Notas de Desarrollo Humano*.
- Smock, P. y Manning, W. (2004). Living Together Unmarried in the United States: Demographic Perspectives and Implications for Family Policy. *Law and Policy*, 26, 87-117.
- Stevenson, B., y Wolfers, J. (2007). Marriage and Divorce: Changes and their Driving Forces. *Journal of Economic Perspectives*, 21(2), 27-52.
- Fry, R., y Cohn, D. (2010). Women, Men and the New Economics of Marriage. Technical Report, Pew Research Center.
- Thomas, A., y Sawhill, I. (2005). For Love and Money? The Impact of Family Structure on Family Income. *The Future of Children*, 15(2), 57-74.
- Thomson, E., McLanahan, S., y Curtin, R. (1992). Family Structure, Gender and Parental Socialization. *Journal of Marriage and the Family*, 54, 368-378.
- Thomson, E., Lappegård, T., Carlson, M., Evans, A., y Gray, E. (2014). Childbearing Across Partnerships in Australia, the United States, Norway, and Sweden. *Demography*, 51, 485-508.
- Torche, F., y Abufhele, A. (2021). The Normativity of Marriage and the Marriage Premium for Children's Outcomes. *American Journal of Sociology*, 126(4), 931-968.
- UNICEF. (2021). *Informe de Resultados de la Encuesta Octubre 2021. Encuesta Nacional de Niñas, Niños y Adolescentes*. UNICEF, MICS, Ministerio de Desarrollo Social Argentina.
- van de Kaa, D. (1987). Europe's Second Demographic Transition. *Population Bulletin*, 42(1).
- van de Kaa, D. (2001). Postmodern Fertility Preferences: From Changing Value Orientation to New Behavior. *Population and Development Review*, 27, 290-331.
- Velázquez Battistessa, C. (2014). El Impacto de la Educación sobre la Fecundidad Adolescente: Evidencia de la Ley Federal de Educación en Argentina. XLIX Reunión Anual, AAEP.
- Wainerman, C. (2005). *La vida cotidiana en las nuevas familias. ¿Una revolución estancada?* Buenos Aires: Editorial Lumiere.
- Waldfogel, J., Craigie, T., y Brooks-Gunn, J. (2010). Fragile Families and Child Wellbeing. *The Future of Children*, 20(2), 87-112.